

atrás. Las probanzas se hicieron con facilidad, porque los alguaciles que los habían preso, los hallaron en fragante delito, y los llevaron á la cárcel en camisa como estaban; los testigos eran muchos, y sus dichos verdaderos. Los buenos del procurador, letrados y escribanos, que conocieron la flaqueza de mi bolsa, comenzaron á desmayar; de suerte, que para hacerles dar un paso era menester meterles mas espuela que á mula de alquiler. La remision fué tan grande, que conocida por el arcipreste y los suyos, comenzaron á gallear, untándoles las manos y los piés; parecían pesas de reloj, que subían á medida que los míos bajaban. Diéronse tal maña, que en quince dias salieron de la cárcel bajo fiado, y en menos de ocho, con testigos falsos, condenaron al pobre Lázaro á pedir perdon, en costas y destierro perpetuo de Toledo.

Pedí perdon, como era justo lo hiciese quien con veinte escudos se habia puesto á pleitear con quien los contaba á espuestas. Di hasta mi camisa para ayuda de pagar las costas, saliendo en porreta á cumplir mi destierro; víme en un instante rico, pleiteando contra una dignidad de la santa iglesia de Toledo, empresa solo para un príncipe; respetado de mis amigos, y puesto en predicamento de hombre honrado que no sufría moscas en la madadura; y en el mismo me hallé echado, no del paraíso terrenal, cubiertas mis vergüenzas con hojas de higuera, mas del lugar que mas amaba y de donde tantos regalos y placeres habia recibido, cubierta mi desnudez con andrajos que en unos muladares habia hallado. Acogíme al consuelo comun de todos los afligidos, creyendo que pues estaba en lo mas bajo de la rueda de la fortuna, necesariamente habia de volver á subir. Acuérdomé ahora de lo que oí decir una vez á mi amo el ciego, que cuando se ponía á predicar era un águila: que todos los hombres del mundo subían y bajaban por la rueda de la fortuna, unos siguiendo su movimiento, y otros al contrario, habiendo entre ellos esta diferencia: que los que iban segun el movimiento con la facilidad que subían, con la misma bajaban, y los que al contrario, si una vez subían á la cumbre, aunque con trabajo, se conservaban en ella mas tiempo que los otros. Segun esto, yo caminaba á pelo y con tanta velocidad, que apenas estaba en lo alto, cuando me hallaba en el abismo de todas las miserias. Víme hecho pícaro de mas de marca, habiendo sido hasta entonces recoleto; pude muy bien decir: desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano.

Encaminéme acia Madrid pidiendo limosna, que lo sabia muy bien hacer: molinero solia ser, volvíme á mi menester. Contaba á todos mis cuitas, unos se dolían y otros se reían de mí, y algunos me daban limosna; con ella, como no tenia hijos ni mujer que sustentar, me sobraba la comida y aun la bebida. Aquel año habían cogido tanto vino, que á las mas puertas que llegaba me decían si queria beber, porque no tenían pan que darne; jamás lo rehusé, y así me sucedió algunas veces en ayunas haber envasado cuatro azumbres de vino, con que estaba mas alegre que moza en víspera de fiesta. Si he de decir lo que siento, la vida pícarasca es vida, que las otras no merecen este nombre; si los ricos la gustasen, dejarían por ella sus haciendas, como hacían los antiguos filósofos, que por alcanzarla dejaban lo que poseían; digo por alcanzarla, porque la vida filósofa y pícaral es una misma; solo se diferencian en que los filósofos dejaban lo que poseían por su amor, y los pícaros, sin dejar nada, la hallan. Aquellos despreciaban sus haciendas, para contemplar con menos impedimento en las cosas naturales, divinas y movimientos celestes: estos para correr á rienda suelta por el campo de sus apetitos; ellos las echaban en la mar; y estos en sus estómagos; los unos las menospreciaban como caducas y perecederas; los otros no las estimaban, por traer consigo cuidado y trabajo, cosa que desdice de su profesion; de manera que la vida pícarasca

es mas descansada que la de los reyes, emperadores y papas. Por ella quise caminar como por camino mas libre, menos peligroso y nada triste.

CAPITULO IX.

Cómo Lázaro se hizo gana-pan.

No hay oficio, ciencia ni arte, que si se ha de saber con perfeccion no sea necesario emplear la capacidad del mas agudo entendimiento del mundo: á un zapatero que haya ejercitado treinta años su oficio, decidle que os haga unos zapatos anchos de puntas, altos de empeine y cerrados de lazo: ¿harálos? Primero que os haga un par como le pedís, os perderá los piés. Preguntad á un filósofo, por qué las moscas cagan en lo blanco negro, y en lo negro blanco: pararse ha tan colorado, como moza á quien se lo vieron afeitar á la candela, y no sabrá qué responder; y si á esto responde, no lo hará á otras mil niñerías.

Encontré junto á Hlescas un archipicaro: conocílo por la punta, me llegué á él como á un oráculo, para preguntarle el cómo me habia de gobernar en la nueva vida sin perjuicio de barras; respondiome, que si queria salir limpio de polvo y paja, juntase á la ociosidad de María el trabajo de Marta; á saber: que con ser pícaro añadiese serlo de cocina, del mandil, del rastro, ó de la soguilla, que era como poner una salvaguardia á la picardia. Díjome mas: que por no haberlo hecho así, al cabo de veinte años que ejercitaba su oficio, el dia anterior le habían dado doscientos por holgazán; agradecíle el aviso, y tomé su consejo.

Cuando llegué á Madrid compré una soguilla, con que me puse en medio de la plaza, mas contento que gato con tripas. Dios y enhorabuena, el primero que me engüeró fué una doncella (él me perdona si miento) de hasta diez y ocho años, mas relamida que monja novicia; díjome la siguiése; llevóme por tantas calles que pensé lo habia tomado á destajo, ó que se burlaba de mí; á cabo de rato llegamos á una casa, que en el postiguello, patio y mujercillas que allí bailaban, conocí ser del partido; entramos en su celda, donde me dijo si queria me pagase de mi trabajo antes que de allí saliese; respondiome, bastaba cuando llegásemos adonde llevaba el lio; cargué con todo, y encaminándose á la puerta de Guadalajara, allí me dijo se habia de poner en un carro para ir á la feria de Nájera. La carga era lijera, por ser lo mas della salserillas, redomas de aceites y aguas; en el camino supe usaba de aquel oficio. «El primero que me dió canilla, dijo ella, fué el padre rector de Sevilla, de donde soy natural, el qual lo hizo con tanta gracia, que desde aquel dia le soy muy devota, encomendóme á una beata con quien estuve bien proveída de lo necesario mas de seis meses; de allí me sacó un capitán, llevándome de ceca en meca, y de zoca en colodra hasta donde me veis; ¡y plugiera á Dios jamás hubiera salido de la proteccion de aquel buen padre, que me trataba como á hija y me amaba como si fuera su hermana! Al fin me ha sido necesario trabajar para ganar mi vida. En estas llegamos al carro, que estaba para partir, puse en él lo que llevaba, pidiéndole me pagase mi trabajo. La descosida dijo, que de muy buena gana, y levantando el brazo me dió tan gran bofetada, que me echó en el suelo, diciendo: «¿es tan bozal que pide dineros á las de mi oficio? No le dije antes que partiésemos de la casa llana, se pagase en mí si queria?» Saltó en el carro como un caballo; y picó dejándome picado; quedé mas corrido que mona, sin saber lo que me habia sucedido, considerando que si el fin de aquel oficio era tal como el principio, medraria bien al cabo del año.

No me habia apartado de allí, cuando llegó otro carro, que venia de Alcalá de Henares. Saltaron en tierra los que venían dentro, que todos eran putas, estudiantes y frailes. Uno de la orden de San Francisco me dijo si le queria hacer caridad de llevarle su hato hasta su convento:

díjeme con alegría que si, porque bien eché de ver que no me engañaría como habia hecho la berrionda. Carguémele, y era tan pesado, que apenas lo podia llevar; mas con la esperanza de la buena paga me esforcé. Llegué al monasterio muy cansado, porque estaba lejos; tomé el fraile su lio, y diciendo, sea por el amor de Dios, cerró tras sí la puerta; aguardé allí hasta que saliese á pagarme; mas viendo que tardaba, llamé á la portería. Salió el portero preguntándome lo que queria; díjele me pagase el porte del hato que habia traído; respondiome fuese con Dios, que ellos no pagaban nada, y cerró la puerta diciendo no llamase mas, porque era hora de silencio, y que si lo habia me daria cien cordonazos; quedéme helado. Un pobre de los que estaban en la portería me dijo: «hermano, bien se puede ir, que estos padres no tocan dineros, porque viven de mogollon. — Ellos, repliqué, pueden vivir de lo que quisieren, que mi trabajo me pagarán, ó yo no seré quien soy.» Torné á llamar con gran cólera; salió el lego motilon con mayor, y sin decir qué haces ahí, me dió un empujon, que me echó en el suelo como si fuera pera madura, y poniéndose de rodillas sobre mí, me dió media docena de rodillazos y otros tantos cordonazos, con que me dejó magullado, como si hubiera caído sobre mí la torre del reloj de Zaragoza. Quedéme allí tendido mas de media hora sin poderme levantar; consideraba mi mala dicha, y las fuerzas de aquel irregular tan mal empleadas, que mejor estuviera sirviendo al rey nuestro señor, que no comiendo las limosnas de los pobres; aunque ni para aquello son buenos, porque son carnes holgazanas. El emperador Carlos V mostró bien esto, cuando el general de los franciscanos le ofreció veinte y dos mil frailes para la guerra; que no pasasen de cuarenta años, y que llegasen á los veinte y dos; el invicto emperador respondió que no los queria, porque habria menester veinte y dos mil ollas todos los dias para sustentarlos: dando á entender ser mas hábiles para comer que para trabajar. ¡Dios me lo perdone! que desde aquel dia aborrecí tanto á estos religiosos legos, que me parecia cuando los veía ver un zángano de colmena, ó una esponja de la grasa de la olla. Quise pues dejar aquel oficio, mas aguardé pasasen las veinte y cuatro horas.

CAPITULO X.

De lo que le sucedió á Lázaro con una vieja alcabueta.

Desmayado y muerto de hambre me fui poco á poco la calle adelante, y pasando por la plaza de la Cebada encontré una vieja rezadora con mas colmillos que un jabali. Llegóse á mí diciendo, que si queria llevarle un cofre á casa de una amiga suya que estaba cerca de allí, me daria cuatro cuartos. Cuando lo oí di gracias á Dios, que de una boca tan hedionda como la suya salía una tan dulce palabra como era que me daria cuatro cuartos: díjele que si, de muy buena gana, aunque mas buena era la de empuñar aquellos cuatro cuartos, que no de llevar carga, pues mas estaba para ser llevado que para llevar. Cargué el cofre con gran dificultad, porque era grande y pesado: díjome la buena vieja lo llevase con tiento, porque habia dentro unas redomas de aguas que las estimaba en mucho. Respondíle no tuviese miedo, que yo iria poco á poco, porque aunque quisiera no pudiera hacer otra cosa, por estar tan hambriento que apenas podía menearme. Llegamos á la casa donde llevábamos el arcon; recibíronle con grande alegría, particularmente una doncellita cariampollar y repolluda (que tales sean las musarañas de mi cama, después de bien harto), la cual con rostro alegre dijo queria guardar el cofre en su retrete. Llévelo á él; la vieja le dió la llave diciéndole, lo guardase hasta que volviese de Segovia, adonde iba á visitar una parienta suya, y de donde pensaba volver dentro de cuatro dias. Abrazóla despidiéndose della; díjole dos palabras al oido, de que quedó tan colorada la doncella, que parecia una rosa; y aunque me pareció bien, mejor me hubiera parecido si estuviera

harto. Despidióse de todos los de aquella casa, pidiendo perdon al padre y á la madre de la niña del atrevimiento; ellos le ofrecieron su casa para servirse della; dióme cuatro cuartos, diciéndome á la oreja, que á la mañana siguiente volviese á su casa y me haría ganar otros tantos.

Fuíme mas alegre que una pascua, y que dia de San Juan: cené con los tres, guardando uno para pagar la cama. Consideraba la virtud del dinero, que al punto que aquella vieja me dió aquellos pocos cuartos, me hallé mas ligero que el viento, mas esforzado que Roldán y mas fuerte que Hércules. ¡Oh dinero, que no sin razon la mayor parte de los hombres te tienen por Dios! Tú eres la causa de todos los bienes, y el que acarreas todos los males. Tú eres el inventor de todas las artes, y el que las conservas en su perfeccion: por tí las ciencias son estimadas y las opiniones defendidas, las ciudades fortalecidas, y sus fuertes torres allanadas, los reinos restablecidos y al mismo tiempo perdidos. Tú conservas la virtud, y tú mismo la pierdes; por tí las doncellas castas se conservan, y las que lo son dejan de serlo: finalmente, no hay dificultad en el mundo que para tí lo sea, ni lo mas escondido que no penetres, cuesta que no allanes, ni collado humilde que no ensalces.

Venida la mañana fuí á casa de la vieja, como me lo habia mandado; díjome volviese con ella á traer el cofre que habia llevado el dia antes. Díjele á los señores de la casa que volvia por él, porque en el camino de Segovia, á media legua de Madrid, habia encontrado á su parienta que venia con la misma intencion que ella, de verla; y que lo habia de menester luego, á causa de la ropa limpia que en él habia para aposentarla. La niña de la rollona la volvió la llave besándola y abrazándola con mas alinco que la primera vez; y volviéndose á hablar al oido, me ayudaron á cargar mi cofre, que me pareció mas ligero que el dia antes, porque mi vientre estaba mas lleno. Bajando por la escalera encontré con un estorbo, que el diablo sin duda habia puesto allí; tropecé, y rodando con él bajé hasta el recibimiento, donde estaban los padres de la inocente niña. Rompíme las narices y las costillas. Con los golpes que el diablo del arca dió, se abrió y apareció dentro un galán mancebo, con su espada y daga. Estaba vestido de camino; no tenia herruelo; las calzas y ropilla eran de raso verde, con plumaje del mismo color; ligas encarnadas con medias de nácar, zapato blanco y alpargatado. Púsose en pié con buen donaire, y haciendo una grande cortesía y reverencia, se salió por la puerta afuera.

Quedaron atónitos de la repentina vision, y mirándose el uno al otro parecían matachines. Habiendo vuelto de su éstasis, llamaron á gran prisa á dos hijos que tenían, y contándoles el caso con grande alboroto tomaron sus espadas diciendo: «muera, muera,» salieron á buscar al pisaverde; mas como iba de prisa no le pudieron alcanzar. Los padres, que quedaron en casa, cerraron la puerta y acudieron á vengarse de la alcabueta; mas esta, que habia oido el ruido y sabido la causa, se salió por una puerta falsa siguiéndola siempre la novia. Halláronse burlados y atajados, y bajaron á dar en mí, que estaba derrengado sin poderme mover; que si no fuera por esto hubiera seguido las pisadas del que me causó tanto mal. Llegaron los hermanos sudando y jadeando, jurando y votando que, pues no habían alcanzado al infame, habían de matar á su hermana y á la tercera; mas cuando les dijeron que se habían ido por la puerta trasera, allí fué el blasfemar, jurar y renegar. El uno decia: «que no encontrara yo ahora aquí al mismo diablo con una caterva infernal, para hacer en ellos tanto estrago como si fueran moscas! Venid, venid, diablos; mas ¿para qué os llamo? pues cierto que adonde estais temeis mi cólera, y no osareis poneros delante. Si yo hubiera visto aquel cobarde, con solo soplar, lo hubiera aventado adonde jamás se hubieran oido nuevas del!»

El otro proseguía: « si le hubiera alcanzado, el mayor pedazo que dél quedara había de ser la oreja! mas si está en el mundo, y aunque no lo esté, no se escapará de mis manos; porque yo lo buscaré, aunque se esconda en las entrañas de la tierra.»

Estas fanfarronadas y fieros decían; y el pobre Lázaro aguardaba que todos aquellos nublados descargarían sobre él. Mas miedo tenía de los muchachos, que había diez ó doce, que de aquellos valentones. Chicos y grandes de tropel arremetieron á mí: los unos me daban de coces, los otros de puñadas; estos me tiraban de los cabellos, y aquellos me bofeteaban. No salió en vano mi temor, que las muchachas me metían las agujas de á blanca, que me hacían poner el grito en el cielo; las esclavas me pellizcaban, haciéndome ver las estrellas; los unos decían: mátemosle; los otros: mejor será echarlo en la letrina. El martilleo era tan grande que parecía majaban granzas, ó mazos de batán, que no cesaban. Viéndome sin aliento, cesaron de herirme, mas no de amenazarme. El padre como mas maduro, ó como mas podrido dijo me dejasen, y que si yo decía la verdad de quién era el robador de su honra, no me harían mas mal. No les podía satisfacer su deseo, porque ni sabía quién era, ni lo había visto en mi vida hasta que salió del ataúd; pero como no les decía nada, tornaron de nuevo. Allí era el gemir, allí el llorar mi desdicha, allí el suspirar y renegar de mi corta fortuna, pues siempre hallaba nuevas invenciones para perseguirme. Díjeles, como pude, me dejasen, que yo les contaría lo que había en aquel caso: hicieronlo, y yo les dije al pie de la letra lo que pasaba; pero no daban crédito á la verdad. Viendo que la tempestad no cesaba, determiné engañarlos, si podía, así y les prometí de enseñarles el malhechor. Cesaron de martillar sobre mí, ofreciéndome maravillas, preguntáronme cómo se llamaba y dónde vivía: respondíles que no sabía el nombre, ni menos el de su calle; pero que si ellos me querían llevar, porque ir por mis piés era imposible, segun me habían maltratado, les enseñaría su casa. Holgaronse dello; diéronme un poco de vino, con que torné algun tanto en mí, y bien armados me tomaron entre dos, de los sobacos, como á dama francesa, y me llevaron por Madrid.

Los que me veían decían: á ese hombre lo llevan á la cárcel, otros, al hospital, y ninguno daba en el blanco. Iba confuso y atónito sin saber qué hacer ni decir, porque si quería llamar ayuda, habían de dar queja de mí á la justicia, que la temía mas que á la muerte; huir era imposible, no solo por el quebrantamiento pasado, pero por ir en medio del padre, hijos y parientes, que para el caso se habían juntado ocho ó nueve; y iban todos como unos san Jorjes. Cruzamos calles, pasamos callejas, sin saber adónde estaba, ni adónde los llevaba. Llegamos á la Puerta del Sol, y, por una calle que á ella sale, vi venir un galancete pisando de punta, la capa por debajo del brazo, con un pedazo de guante en una mano, y en la otra un clavel, braceando, que parecia primo hermano del duque del Infantado: hacia mil ademanes y contorsiones. Al punto le conocí, que era mi amo el escudero, que me había hurtado el vestido en Murcia; y sin duda que algun santo me lo depuró allí (porque yo no había dejado ninguno en las letanías que no hubiese llamado). Como vi la ocasion que me mostraba su calva, asila del copete, y con una piedra quise matar dos pájaros, vengándome de aquel fanfarron y librándome de aquellos sayones. Así les dije: señores, alerta, que el galán robador de vuestra honra viene aqui, que ha mudado de vestido. Ellos, ciegos de cólera, sin hacer mas discurso, me preguntaron quién era; señalélelo; arremetieron á él, y asiéndole de los cabezones le echaron en el suelo, dándole mil coces, puntapiés y mojicones. Uno de los mozalbillos, hermano de la doncella, le quiso meter la espada por el pecho; mas su padre lo es-

torbó, y apellidando á la justicia lo maniataron. Como vi el juego revuelto, y que todos estaban ocupados, tomé las de villadiego, y lo mejor que pude me escondí. Mi buen escudero me había conocido, y pensando que eran algunos deudos míos que le pedían mi vestido, decía: déjenme, déjenme que yo pagaré dos vestidos; mas ellos le tapaban la boca á puñadas. Ensangrentado, descalabrado y molido le llevaron á la cárcel, y yo me salí de Madrid, renegando del oficio, y aun del primero que lo había inventado.

CAPITULO XI.

Como Lázaro se partió para su tierra, y de lo que en el camino le sucedió.

Quise ponerme en camino, mas las fuerzas no llegaban al ánimo, y así me detuve en Madrid algunos días; no lo pasé mal, porque ayudándome de muletas, no pudiendo caminar sin ellas, pedía limosna de puerta en puerta, y de convento en convento, hasta que me hallé con fuerza de ponerme en camino; dime prisa á ello por lo que oí contar á un pobre, que al sol con otros se estaba espulgando: era la historia del cofre, como la he contado, añadiendo que aquel hombre, que habían puesto en la cárcel pensando era el del arca, había probado lo contrario, porque á la hora que había pasado el caso, estaba ya en su posada, y persona del barrio le había visto con otro vestido del con que lo habían prendido; mas que con todo eso lo habían sacado á la vergüenza por vagamundo, y desterrádolo de Madrid; y así él como los parientes de la doncella buscaban un ganapán, que había sido el que lo había urdido, con juramento que el primero que le encontrase lo había de acribillar á estocadas. Abri el ojo, y púsemé en uno un parche, rapándome la barba como cucarro: quedé con tal figurilla seguro de que la madre que me parió no me hubiera conocido. Salí de Madrid con intención de irme á Tejarés por ver si, tornando al molde, la fortuna me desconociera. Pasé por el Escorial, edificio que muestra la grandeza del monarca que lo hacia (porque aun no estaba acabado), tal que se puede contar entre las maravillas del mundo, aunque no se dirá de que la amenidad del sitio ha convidado á edificarle allí, por ser la tierra muy estéril y montañosa; pero si la templanza del aire, que en verano lo es tanto, que con solo ponerse á la sombra, no enfada el calor, ni la frialdad ofende, siendo por extremo sano.

A menos de una legua de allí encontré con una compañía de jitanos, que en un casal tenían su rancho; cuando me vieron de lejos, pensaron era alguno de los suyos, porque mi traje no prometía menos; mas de cerca se desengañaron. Esquiváronse algun tanto, porque segun eché de ver, seguían una consulta ó lección de oposicion: díjéronme que aquel no era el camino derecho de Salamanca, pero si el de Valladolid. Como mis negocios no me forzaban mas á ir á una parte que á otra, díjeles que, pues así era, quería antes que volviese á mi tierra, ver aquella ciudad. Uno de los mas ancianos me preguntó de dónde era, y sabiendo que de Tejarés, me convidó á comer por amor de la vecindad de los lugares, porque él era de Salamanca; admití el convite, y por postres me pidieron les contase mi vida y milagros. Hicelo, sin hacerme de rogar, con las mas breves y sucintas palabras que cosas tan grandes permitian. Cuando llegué á tratar de la cuba, y de lo que en Madrid me había sucedido en casa de un mesonero, dióles muy gran risa, particularmente á un jitano y á una jitana, que daban las carcajadas de mas de marca. Comencé á correrme poniéndome colorado: el jitano compatriota, que conocí mi corrimiento, dijo: « No se apure, hermano, que estos señores no se rien de su vida, siendo ella tal que pide antes admiracion que risa; y pues tan por estenso nos ha dado cuenta della, justo es le paguemos en la misma moneda, fiándonos de su prudencia, co-

mo él lo ha hecho de la nuestra; y si estos señores me dan licencia contarle he de dónde la risa procedió.» Todos le dijeron la tenia, pues sabian que su mucha discrecion y experiencia no le dejarían pasar los limites de la razon. « Sepa pues, prosiguió él, que los que allí rien y carcajean, son la doncella y clérigo, que saltaron por la ventana *in puribus*, cuando el diluvio de su cuba los quiso anegar: ellos, si gustan, le contarán los arcaduces por donde han venido al presente estado.»

La jitana flamante pidió licencia, captando la benevolencia del ilustre auditorio, y así con voz sonora, reposada y grave relató su historia del modo siguiente: « El dia que salí ó salté, por mejor decir, de casa de mi padre y me llevaron á la treña, me pusieron en un aposento mas oscuro que limpio, y mas hediondo que adornado; al domine Urvez, que está presente y no me dejará mentir, le metieron en el calabozo, hasta que dijo ser clérigo, que del mismo lo remitieron al señor obispo de anillo, que le dió una muy grande reprension por haberse pensado ahogar en tan poca agua y haber dado tal escándalo; pero con la promesa que hizo de ser mas cauto, y de atar su dedo de modo que la tierra no supiese sus entradas y salidas, le soltaron, mandándole no dijese misa en un mes. Yo quedé en guarda del alcaide, que como era mozo y galán, y yo niña, y no de mal talle, me bailaba el agua delante. La cárcel era para mi jardin y Aranjuez de deleites; mis padres, aunque indignados de mi libertad, hacian lo que podían para que la tuviese; pero en vano, porque el alcaide ponía los medios posibles para que no saliese de su poder. El señor licenciado, que está presente, andaba alrededor de la cárcel como perro de muestra, por ver si podía hablarme; hizolo por medio de una buena tercera, que era un águila en el oficio, vistiéndole con una saya y cuerpo de una erizada suya, y poniéndole un rebozo por la barba, como si tuviera dolor de muelas. De la vista resultó la traza de mi salida. La noche siguiente se hacia un sarao en casa del conde de Miranda, y al final habían de danzar unos jitanos. Con ellos se concertó Canil (que así se llama ahora el señor vicario) para que le ayudasen en sus pretensiones: hicieronlo tan bien que, mediante su industria, gozamos de la libertad deseada, y de su compañía, que es la mejor de la tierra. La tarde antes del sarao hice al alcaide mas monerías que gata tripera, y mas promesas que el que navega con borrasca: obligado dellas respondió no con menos, rogándome le pidiese, que mi boca seria la medida, como no fuese carecer de mi vista. Agradecíselo mucho, diciéndole, que el carecer de la suya seria para mí el mayor mal que me podia venir. Viendo la mia sobre el hito, roguéle que aquella noche, pues podia, me llevase á ver el sarao: parecióle cosa dificultosa; pero por no desdecirse, y porque el cieguecillo le había tirado una flecha, me lo prometió. El alguacil mayor estaba también enamorado de mí, y había encargado á todas las guardas, y al mismo alcaide tuviesen cuenta con mi regalo, y que ninguno me traspusiese: por hacerlo mas secreto me vistió como paje, con un vestido de damasco verde, pasamanos de oro; el bohemio de terciopelo del mismo color, forrado de raso amarillo; una gorra con garzota y plumas, con un cintillo de diamantes; una lechuguilla con puntas de encaje; medias pajizas, con ligas de gran balumba; zapatillo blanco picado, y espada y daga dorada á lo de aires bola.

Llegamos á la sala donde había infinidad de damas y caballeros: ellos galanes y bizarros, y ellas gallardas y hermosas; había muchos arrebozados y embozados. Canil estaba vestido á la valentona, y en viéndome, se me puso al otro lado, de manera que yo estaba en medio del alcaide y dél. Comenzó el sarao, donde vi cosas que, por no hacer á mi cuento, dejaré; salieron los jitanos á bailar

y voltear; sobre las vueltas se asieron dos dellos de palabras, y de unas en otras, desmintió el uno al otro. El desmentido le respondió con una cuchillada en la cabeza, haciéndole echar tanta sangre della, que parecia habían muerto un buey. Los asistentes, que hasta entonces habían pensado ser burlas, se alteraron, gritando: « aqui de la justicia.» Los ministros della se alborotaron; todos los circunstantes metieron mano á las espadas; yo saqué la mia y, cuando me vi con ella en la mano, me puse á temblar de miedo della. Prendieron al delincuente, y no faltó quien, echado para ello, dijese que estaba allí el alcaide á quien lo podían entregar; el alguacil mayor le llamó para encargarle el homicida. Quisiera llevarme consigo; pero por miedo que no me conociesen me dijo me retirara á un rincon, que me mostró, y que no me apartase de allí hasta que él volviese.

Quando vi aquella ladilla despegada de mí, tomé de la mano al domine Canil, que estaba sin moverse de mi lado, y en dos brincos salimos á la calle, donde ballamos á uno destos señores, que nos encaminó á su rancho. Quando el herido, que ya todos tenían por muerto, echó de ver que estaríamos libres, se levantó diciendo: « señores, basta de burla, que yo estoy sano, y esto no ha sido sino para alegrar la fiesta.» Quitóse una caperuza, dentro de la cual estaba una vejiga de buey, que encima de un buen casco acerado tenia llena de sangre preparada, y con la cuchillada se había reventado. Todos comenzaron á reir de la burla, sino el alcaide, para quien fué muy pesada: torció al lugar señalado, y no hallándome en él, comenzó á buscarme preguntando á una jitana vieja, si había visto un paje de tales y tales señas. Ella, que estaba advertida, le dijo que si, y que le había oído decir, cuando salió de la mano con un hombre, vámonos á retirar á San Felipe; fué con grande prisa á buscarme, mas en vano, porque él iba acia oriente, y nosotros huíamos al occidente. Antes que saliésemos de Madrid, habíamos trocado mi vestido, y del que me dieron encima doscientos reales; vendí el cintillo en cuatrocientos escudos; di á estos señores, en llegando, doscientos, porque así se lo había prometido Canil. Este es el cuento de mi libertad; si el señor Lázaro quiere otra cosa, mande, que en todo se le servirá como su gallarda presencia merece.» Agradecile la cortesía; y con la mejor que pude me despedí de todos; el buen viejo me acompañó media legua; preguntéle en el camino si los que estaban allí eran todos jitanos nacidos en Egipto; respondiéndome que maldito el que había en España, pues que todos eran clérigos, frailes, monjas ó ladrones, que habían escapado de las cárceles, ó de sus conventos; pero que entre todos, los mayores bellacos eran los que habían salido de los monasterios, mudando la vida contemplativa en activa. Tornóse con esto á su rancho, y yo á caballo en la mula de san Francisco me dirigí á Valladolid.

CAPITULO XII.

De lo que le sucedió á Lázaro en una venta, una legua antes de Valladolid.

Que rumiá llevé para todo el camino de mis buenos jitanos, de su vida, costumbres y tratos! Espantábame mucho cómo la justicia permitia públicamente ladrones tan al descubierto, sabiendo todo el mundo que su trato y contrato no es otro que el hurto. Son un asilo y añagaza de bellacos, iglesia de apóstatas y escuela de maldades; particularmente me admiré de que los frailes dejasen su vida descansada y regalona por seguir la desastrada y aperreada del jitanismo; y no hubiera creído ser verdad lo que el jitano me dijo, si no me hubiera mostrado á un cuarto de legua del rancho, detrás de las paredes de un arrenal, un jitano y una jitana, él rehecho y ella carillena; él no estaba quemado del sol, ni ella curtida de las inelencencias del cielo. El uno cantaba un verso de los sal-

mos de David, y la otra respondía con otro: advirtiéndome el buen viejo, que aquellos eran fraile y monja, que no había mas de ocho días que habían venido á su congregación con deseo de profesar mas austera vida.

Llegué á una venta, una legua antes de Valladolid, en cuya puerta vi sentada á la vieja de Madrid con la doncellita de marras; salió mi galancete á llamarlas para que entrasen á comer; no me conocieron por ir tan disfrazado, siempre con mi parche en el ojo y mis vestidos á lo bribonesco; mas yo conocí ser el Lázaro que había salido del monumento que tanto me había costado. Púsemme delante dellos, para ver si me darian algo; no me podían dar, pues no tenían para ellos. El galán, que había servido de despensero, fué tan liberal, que para él, para su enamorada y para la vieja alcabueta había hecho aderezar un poco de hígado de puerco con una salsa: todo lo que había en el plato lo hubiera yo traspalado en menos de dos bocados. El pan era tan negro como los manteles, que parecían túnica de penitente ó barretero de horno: «coma, mi vida, le decía el señor, que este manjar es de príncipes: la tercera comía y callaba, por no perder tiempo; y por ver que no había para tantos envites, comenzaron á fregar el plato que le quitaban el betún; acabada la triste y pobre comida, que mas hambre que hartura les había causado, el señor enamorado se escusó con decir que la venta estaba mal provista. Viendo que allí no había nada para mí, pregunté al huésped si había que comer, díjome según la paga. Quisome dar una poca de asadura; preguntéle si tenía otra cosa, ofrecióme un cuartillo de cabrito que aquel enamorado no había querido por ser caro; quise hacerles un fiero, y así dije me le diese: púsemme con él á los piés de la mesa, donde era de ver el mirar dellos: á cada bocado tragaba seis ojos, porque los del enamorado, los de la señora y los de la alcabueta estaban clavados en lo que comía. «¿Qué es esto? dijo la doncella, ¿aquel pobre come un cuartillo de cabrito, y para nosotros no ha habido mas que una pobre patorrilla?» El galán respondió había pedido al huésped algunas perdicillas, capones ó gallinas, y que había dicho no tenía otra cosa que darle; yo que sabía el caso, y que, por no gastar ó por no tener de que hacerlo, les había hecho comer con dieta, quise comer y callar: parecía aquel cabrito piedra imán; cuando menos me caté, los hallé á todos tres encima de mi plato; la su vergüenza cachondilla tomó un bocado y dijo: «con vuesa licencia, hermano»; y antes de tenerla, ya lo había metido en la boca; la vieja replicó: «no le quiteis á este pecador su comida. — No se la quitaré, dijo ella, porque yo se la pienso pagar muy bien»; y diciendo y haciendo comenzó á comer con tanta prisa y rabia, que parecía no lo había hecho en seis días. La vieja tomó un bocado por probar qué gusto tenía; el galán diciendo, esto les agrada tanto, se hinchó la boca con un tasajo como un puño. Viendo pues que se desmandaba, tomé todo lo que había en el plato y me lo metí de un bocado; como era tan grande, no podía ir atrás ni adelante.

Estando en este conflicto, entraron por la puerta dos caballeros armados con jacos, casquetes y rodela; traía cada uno un pedreñal al lado y otro en el arzon de la silla; apeáronse dando las mulas á un criado de á pié; dijeron al huésped si había algo que comer; él les dijo había muy buen recado, y que entre tanto que lo aderezaba, si sus mercedes se servían, podían entrarse en aquella sala. La vieja, que al ruido había salido á la puerta, entró con las manos en la cara, haciendo mil inclinaciones, como fraile novicio; hablaba por eco; retorciase acia una y otra parte, como si estuviera de parto, dijo lo mas bajo y mejor que pudo: «¡perdidos somos! los hermanos de Clara (que este era el nombre de la doncelluela) están en el portal.» La mozueta comenzó á desgreñarse y mesarse, dándose tan grandes hofetadas, que parecía endemoniada. El galancete, que era animoso, las consolaba diciendo no se afli-

giesen, que donde él estaba no había de qué temer: yo, atisbando, con la boca llena de cabrito, cuando oí que aquellos valentones estaban allí, pensé morir de miedo, y lo hubiera hecho; mas como mi gaznate estaba cerrado, el alma se tornó á su lugar, por no hallar la puerta abierta. Entraron los dos Cides, y al punto que vieron á su hermana y á la alcabueta, dijeron gritando: «¡aquí están, aquí las tenemos, aquí morirán.» A los gritos fué tal mi espanto, que di en el suelo; con el golpe eché el cabrito que me ahogaba. Pusiéronse las dos detrás del caballero, como pollos debajo de las alas de la gallina cuando huyen del milano; él con gentil ánimo metió mano á su espada, y se fué para ellos con tanta furia, que de espanto se quedaron hechos dos estatuas: heláronse las palabras en la boca, y las espadas en las vainas. Preguntóles qué querían ó qué buscaban, y diciendo esto, arremetió al uno y le sacó la espada, poniéndosela en los ojos, y la otra al otro; á cada movimiento que él hacía con las espadas, temblaban como las hojas en el árbol.

La vieja y la hermana, que vieron tan rendidos á los dos Roldanes, se llegaron á ellos, y los desarmaron; el ventero entró al ruido que todos hacíamos (porque ya yo me había levantado y tenía al uno de la barba). Parecióme aquello á los toros uncidos de mi tierra, que cuando los muchachos los ven huyen dellos; mas poco á poco se les atreven, y conociendo que no son bravos, ni lo parecen, se les llegan tan cerca, que perdido el temor les echan mil estropajos. Como vi que aquellas madagafias no eran lo que parecían, me animé y acometí á ellos, con mas ánimo que mi mucho temor pasado permitía. «¿Qué es esto? dijo el huésped, ¿en mi casa tanto atrevimiento?» Las mujeres, el caballero y yo comenzamos á gritar, diciendo eran ladrones que nos venían siguiendo para robarnos; el ventero, que los vió sin armas, y á nosotros con la victoria, dijo: «¿ladrones en mi casa?» y echó mano dellos, y ayudándole nosotros los metió en un sótano, sin valerles razon que alegasen en contrario. El criado de los dos, que venia de dar recado á las mulas, preguntó por sus amos, y el ventero le puso con ellos; tomó sus maletas, cojines y porta-manteos, y los encerró; repartiéndonos las armas, como si fueran suyas, no nos pidió nada de la comida porque firmásemos la sumaria que contra ellos había hecho, en que como ministro de la inquisición, que decía era, y como justicia de aquel pago, condenó á los tres á galeras perpetuas, y á doscientos azotes alrededor de la venta. Apelaron á la chancillería de Valladolid, adonde el buen mesonero con tres criados suyos los llevaron, y cuando los desdichados pensaron estar delante de los señores oidores, se ballaron delante de los inquisidores; porque el taimado ventero había puesto en el proceso algunas palabras que ellos habían dicho contra los oficiales de la santa inquisición (crimen imperdonable). Pusiéronlos en oscuros calabozos, de donde, como ellos pensaron, no pudieron escribir á su padre, ni avisar á persona alguna para que los ayudasen, y donde los dejaremos bien guardados para tornar á nuestro huésped, que lo encontramos en el camino.

Dijonos como los señores inquisidores le habían mandado hiciese parecer ante ellos á los testigos que firmaban en el proceso; pero que él como amigo nos avisaba nos escondiésemos. La doncellita le dió una sortija que tenía en su dedo, rogándole hiciese de modo que no fuésemos á su presencia; prometiósele; el ladrón había dicho aquello por hacernos huir, porque si quisiesen oír los testigos, no se descubriese su bellaquería (que no era la primera). Dentro de quince días se hizo auto público en Valladolid, donde vi salir entre los otros penitentes á los tres pobres diablos, con mordazas en las bocas, como blasfemos que habían osado poner la lengua en los ministros de la santa inquisición, gente tan santa y perfecta como la justicia que administran. Llevaban corozas y un

sambenito cada uno, en que iban escritas sus maldades y las sentencias que por ellas les daban: pesóme de ver aquel pobre mozo de mulas, que pagaba lo que no debía; de los otros no tenía tanta lástima, por la poca que de mí habían tenido. Confirmaron la sentencia del huésped, añadiendo á cada uno trescientos azotes, de manera que les dieron quinientos, y los enviaron á galeras, donde se les pasaron los fieros y bravatas. Yo busqué mi fortuna: muchas veces encontré en el prado de la Magdalena á las dos amigas, sin que jamás me hubiesen conocido, ni supiesen que yo las conocía. Al cabo de pocos días vi á la doncellita de religiosa en la casa de poco trigo, donde ganaba para sustentar á su respeto y á ella; la vieja ejercitaba su oficio en aquella ciudad.

CAPITULO XIII.

Cómo Lázaro sirvió de escudero á siete mujeres juntas.

Llegué á Valladolid con seis reales en la bolsa, porque la gente, que me veía tan flaco y descolorido, me daba limosna con mano franca, y yo la recibía no con escasa: fuime derecho á la roperia, donde por cuatro reales y un cuartillo compré una capa larga de bayeta, que había sido de un portugués, tan raída como rota y descosida. Con ella, y con un sombrero alto como chimenea, ancho de alas, como de francisco, que compré por medio real, y con un palo en la mano, me paseaba por el lugar; los que me veían se burlaban de mí; cada uno me decía su apodo; los unos me llamaban filósofo de taberna; otros: veis allí á san Pedro vestido en víspera de fiesta; otro: «¡ah señor ratiño! ¿Quiere sebo para sus botas?» No faltó quien dijese parecía alma de médico de hospital; yo hacia orejas de mercader, y pasaba por todo. A pocas calles andadas encontré con una mujer de verdugado y chapines de mas de marca, puesta la mano en la cabeza de un muchacho, un manto de soplillo, que la cubria hasta los pechos: preguntéme si sabia de un escudero; respondió no sabia de otro sino de mí, y que si le agradaba podía disponer como de cosa propia. Concertéme con ella en dame acá esas pajas; prometióme tres cuartillos de ración y quitación; tomé posesion del oficio dándole el brazo; arrojé el palo, porque no tenía del necesidad, pues solo lo traía para mostrarme enfermo y mover á piedad. Envié el niño á casa, mandándole dijese á la moza tuviese la mesa puesta y la comida aderezada; trújome mas de dos horas de ceca en meca, y de zoca en colodra: á la primera visita que llegamos me advirtió la señora, que cuando ella llegase me había de adelantar á la casa adonde iba, preguntando por la señora ó señor de la casa, y decir: Juana Perez, mi señora, que este era su nombre, quiere besar á su merced las manos; advirtiéndome también que jamás me había de cubrir delante della, cuando estuviere parada en alguna parte. Díjele que yo sabia la obligacion de un criado, y así cumplí con ella. Grande era el deseo que tenía de ver la cara de mi ama reciente; mas no podía, por ir rebozada; díjome que no me podía tener sólo para ella; pero que buscaría algunas vecinas suyas á quien sirviese, entre las cuales me darian la ración que me había prometido, y que entre tanto que todas no concurriesen, que sería con brevedad, ella me daría su parte. Preguntéme si tenía dónde dormir; respondió que no: no os faltará, dijo ella, porque mi marido es sastre, y os acomodareis con los mancebos: no podiais, prosiguió, hallar en la ciudad mejor comodidad, porque antes de tres días tendreis seis señoras, que cada una os dará un cuarto.

Quedé medio atónito de ver la gravedad de aquella mujer, que parecía por lo menos lo era de algun caballero pardo, ó de algun ciudadano rico; espantóme también de ver que para ganar tres pobres cuartillos cada día había de servir á siete mujeres; pero consideré que valía mas algo que nada, y que aquel no era oficio trabajoso, de lo que yo huía como del diablo; porque siempre quise mas

comer berzas y ajos sin trabajar, que capones y gallinas trabajando. Dióme el manto y los chapines en llegando á casa, para que los diese á la criada; vi lo que deseaba; no me dejó de agradar la mujercilla; era briosa, morenica y de buen talle: solo me desagradó que la relucía la cara como cazuela barnizada; dióme el cuarto, diciendo acudiese cada día dos veces, una á las ocho de la mañana, y otra á las tres de la tarde, para ver si ella quería salir de casa. Fuime á una pastelería, y con un pastel de á cuarto di fin á mi ración. Todo lo demás del día pasé como camaleon, porque ya había acabado la limosna, que en el camino me habían dado, y no osaba ponerme á pedir, porque si mi ama lo supiera me comiera. Fui á su casa á las tres; díjome que no quería salir, pero que me advertía que de allí adelante no me pagaría el día que no saliese, y que si no salía mas de una vez al día, no me daría mas de dos maravedises; mas me dijo: que pues ella me daba cama, la había de preferir á las demás, intitulándome por su criado. La cama era tal, que merecía bien esto y mas: hízome dormir con los aprendices encima de una gran mesa, sin maldita otra cosa que una manta raída para cubrirnos; pasé dos días con la miseria que con cuatro maravedises podía comprar; al cabo dellos entré en la cofradía la mujer de un zurrador, que regateó mas de una hora los dos ochavos. Finalmente, en cinco días tuve siete amas, y de ración siete cuartos.

Comencé á comer espléndidamente, bebiendo, no de lo peor, aunque no de lo mas caro, por no tender la pierna mas de hasta donde llegaba la sábana. Las otras cinco dueñas eran una viuda de un corchete, la mujer de un hortelano, una sobrina, que decía ser, de un capellán de las Descalzas, moza de buen fregado, y una mondonguera, que era á quien yo mas quería, porque siempre que me daba el cuarto me convidaba con caldo de mondongo, y antes que de su casa saliese había envasado tres ó cuatro escudillas con que pasaba una vida, que Dios nunca me la dé peor. La última era una beata: con esta tenia mas que hacer que con todas, porque jamás hacia sino visitar frailes; con quienes cuando estaba á solas, no había juglar como ella; su casa parecía colmena: unos entraban, otros salían, y todos le traían las mangas llenas, y á mí, porque fuese fiel secretario, me daban algunos pedazos de carne, que de su ración se metían en las mangas. ¡En mi vida he visto mayor hipócrita que esta! Cuando iba por las calles, no alzaba los ojos del suelo, no se le caía el rosario de la mano, siempre lo rezaba por la calle: todas las que la conocían la pedían rogase á Dios por ellas, pues que sus oraciones eran tan aceptas; ella las respondía era una grande pecadora, y no mentía, que con la verdad engañaba. Cada una destas mis amas tenia su hora señalada; cuando me decían no querer salir de casa, iba á la otra, hasta que acababa mi tarea; señalábanme el tiempo en que debía volver á buscarlas, y esto sin falta, porque si por malos de mis pecados tardaba un poco, la señora delante de las que estaban en la visita me decía mil perrierías, y me amenazaba, que si continuaba en mis descuidos, buscaría otro escudero mas diligente, cuidadoso y puntual. Quien la oía gritar y amenazar con tanto orgullo, sin duda creía me daba cada día dos reales, y de salario cada año treinta ducados. Cuando iban por las calles, parecían la mujer del presidente de Castilla, ó por lo menos de un oidor de chancillería. Sucedió un día, que la sobrina del capellán y la corcheta se encontraron en una iglesia, y queriéndose volver las dos á sus casas á un mismo tiempo, sobre á quien había yo de acompañar la primera hubo una riña tan grande, que parecía estábamos en el borno, tiraban de mí, la una por un cabo, la otra por otro, con tanta rabia que me despedazaron la capa. Quedé en pelota, porque debajo della maldita otra cosa tenia, sino un andrajo de camisa, que parecía red de pescar. Los que veían las carnes, que por la desgarrada cami-

sa descubria, reían á boca llena: la iglesia parecia taberna. Los unos se burlaban del pobre Lázaro; los otros escuchaban á las dos damas, que desenterraban sus abuelos. Con la prisa que tenia de recoger los pedazos de mi capa, que de maduros se habian caido, no pude escuchar lo que se decian; solo oí decir á la viuda: «¿de dónde le viene á la piltrafa tanto tordo? Ayer era moza de cántaro, y hoy lleva ropa de tafetán, á costa de las ánimas del purgatorio.» La otra le respondia: «ella la muy descosida la lleva de burato, ganada con un *Deo gratias*, y sea por amor de Dios, y si yo era moza de cántaro, ella lo es hoy de jarro.» Los presentes las separaron, que se habian ya comenzado á asir de la melena. Acabé de recoger los pedazos de mi pobre herruero, y pidiendo dos alfileres á una que se halló allí, la acomodé como pude, con que cubri mis vergüenzas; dejélas riñendo, y fuíme á casa de la sastresa, que me habia mandado acudiese á acompañarla á las once, porque habia de ir á comer á casa de una amiga suya. Cuando me vió tan mal tratado, me dijo gritando: «¿pensais ganar mis dineros, y venirme á acompañar como un pícaro? Con menos de lo que os doy á vos podría tener otro escudero con calzas atacadas, bragueta, capa y gorra; y vos no haceis sino borrachear lo que os doy.» ¿Qué borrachear, decia yo entre mí, con siete cuartos que gano el día que mas, pasando muchos que mis amas por no pagar un cuarto no querian salir de su casa! Hizome hilvanar los pedazos de mi capa, y con la prisa que se daban, pusieron unos pedazos de abajo arriba: de aquella manera fui á acompañarla.

CAPITULO XIV.

Donde Lázaro cuenta lo que le pasó en un convite.

Ibamos á paso de fraile convidado, porque la señora temia que no habria tanto para ella; llegamos á casa de su amiga, donde habia otras mujeres de las convidadas; preguntaron á mi ama si era yo capaz para guardar la puerta; dijoles que sí; dijéronme: quedaos, hermano, que hoy sacareis el vientre de mal año. Acudieron muchos galanetes, sacando cada uno de su faltriquera, cuál una perdiz, cuál una gallina; uno sacaba un conejo, otro un par de palominos, este un poco de carnero, aquel un pedazo de solomo, sin faltar quien sacase longaniza ó morcilla; tal hubo que sacó un pastel de á real envuelto en su pañuelo, diéronlo al cocinero, y entre tanto retozaban con las señoras, y daban en ellas como asno en centeno verde: lo que allí pasó no me es lícito decirlo, ni al lector contemplarlo. Acabada esta comedia vino la comida; las señoras comieron los *Kyries*, y los galanes bebieron el *Ita misa est*. No quedaba nada en la mesa que las damas no metiesen en sus faltriquera, envolviéndolo en sus mocadores; sacaron los postres los galanes de las suyas; unos manzanas, otros queso, aceitunas, y uno dellos, que era el gallo y el que se las daba con la sastresa, sacó media libra de confitura. Mucho me agradó aquel modo de tener la comida tan cerca de sí para una necesidad, y propuse de allí adelante hacer tres ó cuatro faltriqueras en las primeras calzas que Dios me deparase, y una dellas de buen cuero, bien cosida para meter el caldo; porque si aquellos caballeros, que eran tan ricos y principales, lo traian todo en su faltriquera, y las señoras lo llevaban cosido en las suyas, yo, que no era sino un escudero de piltrafas, lo podia bien hacer.

Fuimos á comer los criados, y maldita otra cosa habia para nosotros sino caldo y sopas, que me espantó cómo aquellas damas no se las metieron en las mangas. No habiamos apenas comenzado, cuando oimos gran ruido en la sala donde estaban nuestros amos; disputaban quiénes habian sido sus mujeres, y quiénes eran los maridos dellas; dejando atrás las palabras, vinieron á las manos, y entre col y col lechuga, dábanse puñadas, bofetadas, pellizcos, coeces, bocados; desgreñábanse, mesábanse y daban tan-

tos mojicones, que parecian muchachos de aldea cuando van á procesion. La riña se comenzó, segun pude entender, porque algunos dellos no querian dar ni pagar nada á aquellas señoras, diciéndoles bastaba lo que habian comido. Sucedió que la justicia pasaba por la calle, y oido el ruido, llamaron á la puerta, diciendo: «abran á la justicia.» Oida esta palabra, huyeron los unos por aquí, los otros por allí; unos dejaban los herrueros, los otros las espadas; esta dejaba los chapines, aquella el manto; de manera que todos desaparecieron, escondiéndose cada uno lo mejor que pudo. Yo, que no tenia por qué huir, estúveme quedo, y como era portero abrí, porque no me achacasen hacia resistencia á la justicia. El primer corchete que entró me asió de los cabezones, diciendo fuese preso por la justicia; teniéndome asido, cerraron la puerta y fueron á buscar á los que hacian el ruido; no dejaron aposento, retrete, sótano, bodega, desván ni letrina que no registrasen. Como no hallaron á nadie, me tomaron el dicho, confesé de pe á pa los que habia en la compañía y lo que habian hecho; espantáronse que habiendo tantos como yo decia, no pareciese ninguno. Si va á decir la verdad, yo mismo me espanté dello, habiendo doce hombres y seis mujeres; con mi sencillez les dije (y aun lo creía) que pensaba fuesen trasgos todos los que allí habian estado, y hecho aquel ruido; riéronse de mí, y el alguacil dijo á los que habian bajado á la bodega, si habian mirado bien todo; hizo encender una hacha, y entrando por la puerta, vieron rodar una cuba.

Espantados los corchetes echaron á huir, diciendo: «por Dios que es verdad lo que este hombre dice, que aquí no hay sino duendes!» El alguacil, que era mas astuto, los detuvo diciendo no temia al diablo; fuése á la cuba, y destapándola halló dentro un hombre y una mujer: no quiero decir cómo los halló, por no ofender las castas orejas del benigno y escrupuloso lector; solo digo que la violencia de su accion habia hecho rodar la cuba, y fué causa de su desgracia, y de mostrar en público lo que hacian en secreto; sacáronles fuera; él parecia á Cupido con su flecha, y ella á Venus con su aljaba. El uno y el otro desnudos como su madre los parió, porque cuando la justicia llamó estaban en una cama haciendo las paces, y con el alarma no habian tenido lugar de tomar sus vestidos, y por esconderse se habian metido en aquella cuba vacía, donde proseguian su devoto ejercicio. Dejé admirados á todos la hermosura de los dos; echáronles dos capas, entregándolos á dos corchetes para que los guardaran; pasaron delante á buscar á los otros; descubrió el alguacil una tenaja de aceite, donde halló un hombre vestido; el aceite le llegaba á los pechos: al punto que lo descubrieron quiso saltar fuera; mas no lo hizo tan diestramente que la tenaja y él no diesen en el suelo. Saltó el aceite hasta los sombreros de los ministros de justicia, y sin respeto los manchó; renegaban del oficio, y aun de la puta que se lo habia enseñado. El aceite, que vió que ninguno le acometia, antes todos huían dél como de apestado, dió á huir; el alguacil gritaba: «tenganlo, tenganlo,» mas todos le hacian lugar; fuése por una puerta falsa meando aceite; de lo que sacó de su vestido hizo arder la lámpara de nuestra señora de las Congojas mas de un mes. La justicia quedó bañada en aceite; renegaban de quien allí los habia traído, y yo también, porque decian era el alcabuete, y como á tal me habian de emplumar; salieron como buñuelos de la sartén, dejando rastro por donde iban.

Estaban tan enojados, que juraron á Dios y á los cuatro sacrosantos Evangelios habian de hacer ahorear á todos los que hallasen; tembláramos los presos; fueron á los alhorines á buscar otros; entraron dentro, y de encima de una puerta derramaron una talega de harina, con que cegaron á todos los que dentro estaban; daban voces diciendo: «resistencia á la justicia!» Si querian abrir los

ojos, al punto se los cerraban con agua y harina; los que nos tenian nos dejaron para ir á socorrer al alguacil, que gritaba como un loco. Apenas habian entrado cuando les taparon los ojos con harina y agua: andaban como gallinas ciegas; encontrábanse los unos con los otros, y se descargaban golpes, que se rompian las mejillas, dientes y muelas; como los vimos de vencida, dimos todos en ellos, y ellos mismos en sí propios, tanto que de cansados cayeron en el suelo, donde llovian golpes sobre ellos y granizaban coces. No gritaban ni se meneaban, como si estuvieran muertos; si alguno queria abrir la boca para ello, al punto se la linchian de harina, embutiéndolos como á capones en caponera: atámosles las manos y piés, y arastrando como puercos los llevamos á la bodega, echándoles en el aceite como peces á freir; revolcábanse como lechones en cenagal; cerramos las puertas, yéndose cada uno á su casa. El amo de aquella vino, que estaba en el campo, y hallando las puertas cerradas y que ninguno respondia, porque una sobrina suya, que era la que habia prestado su casa para hacer aquel convite, se habia ido á la de su padre, por temer á su tío, hizo descerrajar las puertas, y cuando vió su casa sembrada de harina y untada de aceite, se enojó tanto que daba voces como un borracho; fué á la bodega, donde halló su aceite derramado y á la justicia que se revolcaba; con la rabia que tenia de ver su hacienda desperdiciada, tomó un garrote y dió tantos palos al alguacil y corchetes, que los dejó medio muertos; llamó á sus vecinos, y entre todos los sacaron á la calle, donde los muchachos les tiraban lodo, estropajos y suciedades: estaban tan llenos de harina que nadie los conocia.

Cuando tornaron en sí y se vieron en la calle libres, se fueron huyendo; entonces se podia decir: tengan á la justicia, que huye; dejaron sus herrueros, espadas y dagas, sin osar jamás volver por ellas, porque nadie supiese el caso. El amo de aquella casa se quedó con todo por el daño que habia recibido. Cuando yo salí para irme, encontré con una capa, no mala; dejé la mía y tomé aquella; daba gracias á Dios, que habia salido medrado de aquella jornada (cosa nueva para mí), pues siempre iba con las manos en la cabeza; fuíme á casa de la sastresa; hallé la casa revuelta, y al sastrero su marido que la molía á palos, por haber venido sola sin manto ni chapines, corriendo por la calle con mas de cien muchachos tras ella. Llegué á buena hora, porque al punto que el sastrero me vió dejó á su mujer, y embistió conmigo, dándome una puñada con que me acabó de quitar los dientes que tenia. Dióme diez ó doce coeces que me hicieron vomitar lo poco que habia comido. «¿Cómo, decia, bellaco, alcabuete, no teneis vergüenza de venir á mi casa? Aquí pagareis las de antaño y las de hogaño.» Llamó á sus criados, y trayendo una manta me mantearon tanto á su gusto cuanto á mi pesar; dejáronme por muerto, y como estaba me pusieron en un tablero. Era ya noche cuando torné en mí, y me quise menear; caí en tierra, rompiéndome de la caída un brazo; venido el día, poco á poco me fui á la puerta de una iglesia, donde con voz lastimosa pedia limosna á los que entraban.

CAPITULO XV.

Como Lázaro se hizo ermitaño.

Tendido en la puerta de la iglesia y haciendo alarde de mi vida pasada, consideraba los infortunios en que me habia visto desde el día que comencé á servir al ciego hasta el punto en que me hallaba, y sacaba en limpio que por mucho madrugar no amanece mas temprano, ni el mucho trabajar enriquece siempre; y así dice el refrán: mas vale á quien Dios ayuda, que no quien mucho madruga; encomendéme á él para que el fin fuera mejor que habia sido el principio y el medio. Estaba junto á mi

un hermanuco venerable, barba blanca, báculo y rosario en la mano, en cuyo remate colgaba una calavera, tan grande como de conejo. Como el buen padre me vió alligido, con palabras dulces y blandas me comenzó á consolar, preguntándome de dónde era, y qué sucesos me habian traído á tal término. Contéle con breves y sucintas razones el largo proceso de mi amarga peregrinacion; quedó admirado de oirme, y con piedad y lastima que mostré tener de mí, me convidó con su ermita; acepté el partido, y como pude, que no fué con poca pena, llegamos al oratorio que estaba una legua de allí en una peña. Pegado á él habia un aposento como una alcoba y una cama; en el patio estaba una cisterna con fresca agua, de la cual se regaba un huertecillo, mas curioso que grande. «Aquí, dijo el buen viejo, ha veinte años que vivo fuera del tumulto é inquietud humana: este es, hermano, el paraíso terrestre; aquí contemplo en las cosas divinas y aun humanas; aquí ayuno cuando estoy harto, y como cuando hambriento; aquí velo cuando no puedo dormir, y duermo cuando el sueño me acosa; aquí paso en soledad cuando no tengo compañía, y estoy acompañado cuando no solo; aquí canto cuando estoy alegre, y lloro cuando triste; aquí trabajo cuando no estoy ocioso, y lo estoy cuando no trabajo; aquí pienso en mi mala vida pasada, y contemplo la buena presente; aquí finalmente es donde todo se ignora y todo se sabe.»

En el alma me holgaba de oír al chocarrero ermitaño, y así le supliqué me diese alguna noticia de la vida eremítica, porque me parecia la nata de todas. «Cómo, respondió él, la mejor? Eso tanto, que solo el que la ha gustado puede saberlo; mas la hora no nos da tiempo para mas, porque se acerca la de comer. Roguéle me curase mi brazo, que me dolia mucho; hizolo con tanta facilidad, que de allí adelante no me hizo mas mal; comimos como reyes y bebimos como tudescos; acabada la comida, en medio del dormir de la siesta, comencé á gritar mi bueno del santero, diciendo: «¿que me muero! ¿que me muero!» Levantéme, y halléle que queria espirar. Viéndole de aquella manera, preguntéle si se moria, respondióme: «sí, sí, sí;» y repitiendo si falleció dentro de una hora. Vine alligido considerando que si aquel hombre se moria sin testigos podian decir que yo lo habia muerto, y costarme la vida, que hasta entonces con tantos trabajos habia sustentado; y para esto no eran menester muchos testigos, porque mi talle mostraba ser antes saltador de caminos que hombre honrado. Salí al punto de la ermita, por ver si parecia por allí alguno que fuese testigo de aquella muerte: mirando á todas partes vi un hato de ganado cerca de allí; fui allí presto (aunque con trabajo por estar molido de la refriega sastresca), hallé seis ó siete pastores y cuatro ó cinco pastoras á la sombra de unos sauces junto á una fuente despejada y clara: ellos tañian, y ellas cantaban; los unos bailaban y los otros tocaban; este tenia de la mano á una, aquel dormia en el regazo de la otra; finalmente, pasaban el calor en requiebros y palabras regaladas. Llegué despavorido á ellos, rogándoles que sin dilacion se viniesen conmigo, porque el ermitaño se moria; vinieron algunos dellos, quedando los otros á guardar el rebaño; entraron en la ermita, y preguntaron al buen ermitaño si se queria morir; dijo que sí (y mentía, porque él no lo queria, haciéndolo hacer contra su voluntad); como vi que estaba siempre en sus trece de decir que sí, dijele si queria que aquellos pastores sirviesen de albaceas y cabezaleros; respondió sí; preguntéle si me dejaba por su único y legitimo heredero, dijo que sí; proseguí si confesaba que lo que poseia y de derecho podia poseer me lo debia por servicios y cosas que de mí habia recibido; dijo otra vez sí. Aquel quisiera hubiera sido el último cuento de su vida; mas como vi que aun le quedaba aliento, porque no lo emplease en daño, proseguí con mis preguntas, haciendo que uno de aque-